

# Y encontré EL DORADO

Aún no me he adaptado a la diferencia horaria y en los últimos cinco días no he podido ni tomar una ducha, pero ya he vuelto a casa. Me siento orgullosa de haber regresado de la otra parte del Atlántico. Acabo de hacer realidad uno de mis sueños. Siento que dormir en mi almohada me aporta un bienestar añadido: el de saber que existe eso que tanto he buscado, eso que buscó tanta gente. Aunque es difícil precisar el punto exacto, en el Nuevo Mundo, donde he encontrado El Dorado.

Traigo en mi mochila una distinción que me acredita como Embajadora Honoraria de Ingapirca y El Cañar (Ecuador). En Perú me han dado un Diploma de Honor como visitante ilustre de Tarapoto, concedido por la Universidad de San Martín. También he sido nombrada Embajadora Cultural Regional de Moquegua. Traigo monedas de diversos tamaños y billetes pintorescos en mis bolsillos. He seleccionado semillas exóticas, bordados, cueros y sombreros para regalar a mis amigos. Me he abrigado con la calidez de gorros y bufandas de alpaca. He degustado tortillas de maíz, ceviche, cuy y batidos de frutas andinas.

Me he codeado con universitarios, profesores, militares, políticos y arqueólogos, y hasta he visitado al Señor de Sipán. Pero el verdadero Dorado no viene de las riquezas materiales, ni de las personalidades que me han acompañado. No nos engañemos, lo mejor de todo ha sido encontrar manos que se tienden de un continente a otro, sonrisas que se vislumbran con la luna llena y ampollas que se curan con la sal del Pacífico. Lo mejor de todo son nuestros sueños hechos realidad, los momentos felices compartidos en la selva o en las dunas, comprender la situación de otro mundo y diversos puntos de vista.

He aprendido a ver la riqueza de un continente aún por descubrir. Es un derroche de vegetación que llena los sentidos y te sumerge en lo más profundo de su historia. Te transporta al pasado más remoto y al mismo tiempo, te hace comprender su presente. He aprendido algo que los libros no pueden enseñar. Vengo repleta de sentimientos, de sensaciones, de hallazgos imposibles de relatar. He descubierto rituales indígenas, bailes típicos, sonidos aborígenes, instrumentos musicales, adivinaciones chamánicas, y muchas, muchas sonrisas. A veces me pregunto si la metamorfosis afecta sólo a determinadas especies. En mi caso, noto ese cambio del antes y del des-

pués de este coqueteo que mantengo con Los Andes.

Creo que ahora soy mejor persona. Ya no pasa ante mis ojos ningún emigrante sin que me detenga a pensar cuál será su país de origen. Me pregunto frecuentemente si será peruano, ecuatoriano, chileno...y a veces no puedo evitar preguntárselo. De esta forma he conocido historias humanas, situaciones familiares, que han hecho que algunas madres vengan a trabajar a España. A veces pienso que puedo incluso haber conocido a alguno de sus hijos, este verano. No en vano he hablado con muchos de ellos, que también me daban besos, para que los trajera a sus familiares venidos a nuestro país. Eran muchos los chiquillos que se acercaban a nosotros para tocarnos, como un modo de estrechar afectos entre los dos países.



Otras veces, observo jóvenes venidos de algún país, buscando en España su Dorado particular. También he conocido universitarios sudamericanos, becados por las mañanas y camareros por las tardes. No he podido dejar de admirarlos. El hecho de conocer estos países, también me posibilita poder hablar de ellos, intercambiar ideas o simplemente, distraernos un buen rato.

Durante mi curso académico en la Universidad de Salamanca, he explotado mi mente con conceptos y razonamientos. He estrujado mis ideas hasta el límite del esfuerzo y del agotamiento más concienzudo. Pero en la Ruta Inka he cultivado mis músculos y también mi aspecto. Puede decirse que he modelado el cuerpo completando mis posibilidades, dando una oportunidad a músculos y huesos. He tensado gemelos y bíceps, cartílagos y ligamentos. Me he liberado del asiento tortuoso de la silla de estudios y de la iluminación caliente del flexo. He hecho grandes caminatas, que nunca antes hubiese sido capaz de imaginar. Me he lanzado repentinamente por las dunas, haciendo *sandboard*. He culminado cumbres, me he lanzado por lianas en las selvas de Tarapoto.

Me he resbalado por toboganes de piedra, reviviendo los años de mi más tierna infancia.

He remado en las aguas paradisíacas, serpenteando entre la vegetación. He abrazado chorros de agua cristalinas y me he recubierto de frescura entre cascadas y nebulosas transparentes. He sorteado carreras, con los mototaxis propios de aquellas tierras. He soltado adrenalina de piroclastos y lavas como los que nacen bajo la cordillera.

He regresado como nueva. Esta aventura supone también desconectar de los problemas cotidianos. Es como alejarse de las calles otoñales, de las gélidas gotas de agua en nuestros cristales, de caras conocidas, de pasos rutinarios y machacones. Es dar carpetazo a libros y ordenadores, a apuntes y esquemas, seminarios y exámenes orales.

La experiencia inka es la bomba que recarga nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Es un poco el médico, el psicólogo, el entrenador, el terapeuta, el profesor y el laboratorio de los sueños. Es una ventana que abres al mundo de los grandes encuentros, de las aventuras, de los afectos, de las ideas frescas y los grandes retos. Ahora he cogido las riendas de mis propias aventuras, hasta el punto que siempre deseo otra. Me he hecho adicta a estas sanas experiencias y planifico los meses de verano en pro de nuevas vivencias. Sé que El Dorado me acompañará siempre. Sé también que una vez que lo encuentras, ya nadie puede arrebatártelo. Noto que lo tengo por-

que mi alma pesa. No es que me faltara nada en concreto, pero los descubrimientos en este lado del universo, han llenado las entretejas de mi espíritu. He encontrado gentes maravillosas de todas partes del mundo. Me he dado cuenta de cuánto unen las metas comunes y las experiencias lejos de casa. He viajado por realidades dispares, navegado por espacios que quizás

“La experiencia inka es la bomba que recarga nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Es un poco el médico, el psicólogo, el entrenador, el terapeuta, el profesor y el laboratorio de los sueños. Es una ventana que abres al mundo de los grandes encuentros, de las aventuras, de los afectos, de las ideas frescas y los grandes retos.”

nunca más visitaré. He sentido historias relatadas en primera persona y me he impregnado de las cosas importantes. Esas cosas que me animan a seguir caminando.

Olvidaba decir que en mi casa tengo una calabaza decorada con llamas y alpacas. También un óvalo de barro y una flauta andina, que presiden el salón en su entrada. He ido transportando objetos entrañables, como un tapiz de las Islas Uros. Tengo un dios Huari, zarcillos de lapislázuli y un colgante con la pachamama. Tengo bufandas y gorros de lana, para mis abuelos, y un sombrero de cuero con las líneas Nazcas. A veces veo a mi hermano jugar, a las tres en raya, con camélidos peruanos y se encamina al colegio con guantes de alpaca. No es que sólo recuerde en mi pensamiento, es que tengo realidades en mi casa. Pero lo más exitoso es mi gran álbum de fotos. Fotos de Bolivia, de Chile, de Ecuador y de Perú. Fotos con nativos, con compañeros, con tesoros arqueológicos y naturales; fotos con la vida, en estado puro. Puedo emplear más adjetivos para narrar mis andanzas inkas, pero nunca podré ser más clara.

“Cómprame señorita”, me decía una mujer, mientras yo regateaba un objeto artesanal. ¡Es muy lindo! continuaba. Así, de esta forma, dejé

el regateo porque casi se me quitaban las ganas. Más que nada, porque en lugar de aprender un arte, parecía que su trabajo se devaluaba. Ahora que veo este recuerdo, también recuerdo su cara y su hatillo a las espaldas. Recuerdo la cara de su hijo y su negra mirada. Yo, les sonreí y les compré dos calabazas.

Hemos trazado, entre todos, puentes de seda de un continente a otro. Sé que cuando cerremos los ojos apretando los extremos de la tela imaginaria, correrán por ella los poderes de nuestra juventud. Viajarán veloces las utopías de la ilusión y el tesón de la amistad. Estas cosas son las que generan nuestros múltiples granos de arena, para impulsar a la Ruta Inka.

Me siento en deuda también con estas gentes que nos han tratado con tanto esmero. Cada objeto me recuerda una situación, un gesto, una cara... Me he prometido a mí misma difundir estas culturas, la bondad de sus gentes y la belleza de sus paisajes. Soy un poco emisaria de sus países, invitando a mis amigos y familiares a conocer esas tierras. Promuevo esta iniciativa en mi universidad y en mi entorno más próximo. Los que me conocen saben que es cierto, que me gusta hablar de estos viajes, que me gustó mucho conocerlos, que me deshago en elogios sobre ellos. Lo que hablo y lo que escribo es la mejor carta de presentación que sé publicar al respecto.

